

bien en cuanto á la naturaleza, la que en Dios es una misma en la persona que procede y en aquellas de quienes procede.

DIA VEINTE Y UNO.

San Benito, abad, patriarca de los monges de Occidente.

La ciudad de Norcia en Umbria, fué la patria natal del esclarecido Benito, que nació en el año 480. Su padre, que se llamó Eutropio, lo educó en la inocencia y santo temor de Dios, teniéndolo á su lado, hasta que tuvo la edad suficiente para mandarlo á Roma á que estudiara en una de las escuelas donde mas florecian las ciencias. Allí por primera vez se presentó en el teatro del mundo y se escandalizaba con ciertos abusos que notaba en las gentes de Roma. Su alma cándida y nutrida en los principios de la sana moral, no podia ver con indiferencia la relajacion de costumbres y los extravíos de los romanos: fastidiado á poco tiempo del bullicio de la corte, y la libertad licenciosa de costumbres, resolvió apartarse de la ciudad para vivir en el desierto, y salió de Roma con este intento acompañado de su nodriza Cirila que lo amaba tiernamente y no queria separarse de su lado. En Ajilum, lugar situado á treinta millas de la ciudad, se apartó de su compañera, y caminó solo por el desierto hasta las montañas de Subiaco, que distaban cuarenta millas de Roma, donde encontró á Romano, monge de un monasterio vecino, á quien comunicó su proyecto y de quien tomó el hábito. Este mismo le sirvió de guia para buscar un sitio proporcionado en que realizar sus planes, y Benito se introdujo en una caverna profunda, situada en lo mas áspero de la montaña, cerca de un arroyo en donde proveerse de agua.

Romano, que era el único depositario de este secreto, era tambien el que solia llevarle algun alimento que ponía en una cuerda con una campanita, y lo descolgaba por la gruta, sin hablarle una palabra. Tres años vivió Benito en este estado de austera penitencia, ignorado de todos; y así hubiera vivido mucho tiempo, si Dios no permitiera que este gran santo saliera á luz para que sus virtudes sirvieran de estímulo á otros muchos. En el año 497 estaba un piadoso sacerdote disponiendo su comida para la pascua



S. Benito Abad.



S.ª Catalina de Alejandria.



S. Octaviano Martir.



S. Victoriano Martir.

de Resurreccion, y oyó una voz que le dijo: "Tú estas preparando para tí un gran banquete, cuando mi siervo Benito está en Subiaco pereciendo de hambre." Entonces se dirigió inmediatamente al lugar de Subiaco, y despues de mucho trabajo logró encontrar á Benito. Este, antes de hablarle sobre otra cosa, le rogó que se pusieran en oracion para alabar á Dios, y despues tomó algun alimento á instancias del sacerdote.

A poco tiempo de este suceso, vieron á Benito unos pastores, y de pronto creyeron que era una fiera, porque estaba vestido con pieles de ellas; pero despues se desengañaron, y habiéndose acercado para hablarle, notaron en su aspecto y sus palabras, que era un santo el que tenian delante. Algunos de estos ganaderos quisieron imitarlo en su vida penitente, y de este modo fué conocido de muchos que admiraban su virtud. ¿Quién pudiera pensar que en medio de las grandes penitencias que practicaba Benito y del continuo ayuno en que vivia, fuera tan cruelmente asaltado de las tentaciones del demonio? Muchas veces tuvo la idea de abandonar el desierto y seguir á una hermosa jóven que habia visto en Roma, que el demonio se la presentaba á su imaginacion muy bella; pero avergonzado de su debilidad se echaba sobre la zarza y rodaba sobre las espinas, hasta que su cuerpo lleno de heridas, se sujetaba á las determinaciones de su alma. Con estas crueles penitencias logró vencer sus pasiones, y el demonio huyó avergonzado de su presencia, conociendo que eran infructuosos sus malignos esfuerzos. Los monjes del gran monasterio de Vicovara, que se hallaban sin abad, nombraron para este empleo á Benito, quien sin mucha resistencia lo adoptó por irse á vivir con ellos. Entre estos habia muchos de costumbres relajadas, que no queriendo las reformas que deseaba introducir el nuevo abad, le declararon la guerra y lo persiguieron, hasta el grado de echarle veneno en un poco de vino que iba á tomar; pero el santo, que tenia la costumbre de hacer la señal de la cruz sobre lo que comia ó bebia, lo hizo entonces, y el vaso se despedazó de la misma manera que si hubiera caido sobre una gran piedra. El santo sin alterarse y con la grande humildad que lo caracterizó desde su niñez, se dirigió á los monjes, y les dijo: "Dios os lo perdone, hermanos, ya veis que no me engañé en decirlos que vuestras costumbres y las mías no se conformaban." Benito, despues de esto se apartó del monasterio y volvió á su amable soledad en Subiaco, donde á poco tiempo tuvo muchos imitadores, con los

que fundó doce monasterios con doce monges cada uno y su superior, y este fué el grande establecimiento de los monasterios de Occidente, que tanto aumento tuvo despues, y donde la Omnipotencia divina obró muchos milragros.

Varios viageros ocurrían á ver este plautel de varones santos, y aun muchos nobles iban desde Roma con este objeto, y suplicaban á Benito que rogara por ellos al Todopoderoso. Otros ponían bajo su direccion á sus hijos, para que desde la edad tierna se educaran en la virtud y se encaminaran por el camino de la perfeccion. El demonio, envidioso de tanta gloria de Dios, se esforzó para combatir á estos anacoretas, y puso toda su astucia en ejecutarlo. Un sacerdote de aquella comarca, llamado Florencio, lleno de envidia por los grandes elogios que merecian las virtudes de Benito, lo calumnió atrocemente imputándole vicios que ni imaginaba, y lo comprometió á dejar aquel sitio por evitar disensiones entre los monges que trataban de defenderlo contra Florencio, indigno de tener el carácter sacerdotal. Resolvió Benito marchar al monte Casino, y á poca distancia de Subiaco tuvo noticia de que su calumniador habia muerto, cayendo de una galería donde se estaba recreando. Nuestro santo sintió mucho esta desgracia, y sin embargo de que podia volver á su monasterio sin riesgo de turbar la tranquilidad, continuó el camino para Casino, porque Dios lo tenia destinado para que allí formara un monasterio.

En la cumbre de este monte habia una pequeña ciudad, que pertenecia al reino de Nápoles, y sus habitantes estaban imbuidos en las supersticiones de la idolatría, tributando adoraciones á una estatua de Apolo que tenian colocada en un hermoso templo, que llevaba este nombre. Mas apenas llegó Benito á esta ciudad, y comenzó á predicar el Evangelio, cuando desapareció la idolatría y consiguió destruir el templo de Apolo, edificando en su lugar dos capillas; una dedicada á San Juan Bautista, y la otra á San Martin.

Este fué el origen del monasterio del monte Casino que se fundó el año 529, y cuando Benito tenia cuarenta de edad. Fué enriquecido por un hombre poderoso que habia puesto á su hijo bajo la direccion del santo, y cedió varias posesiones para que se extendiera el monasterio en aquel lugar, y se formara otro en Sicilia, á donde fué enviado San Plácido para que hiciera la fundacion. Tenia Benito á su cuidado un convento de monjas que estaba inmediato á Casino, y fundó una abadía de monges en Tarracina. Algunos

historiadores antiguos, fundados en inscripciones del tiempo de Benito, creen que fué ordeuado *in saecris*, y otros modernos opinan que fué sacerdote; pero parece que no tienen fundamento. Lo cierto es que nuestro santo predicaba el Evangelio con mucho celo por los lugares cercanos á Casino, y enseñaba como buen maestro el camino de la perfeccion. Formó una regla para que se observara en sus monasterios, y despues se adoptó por los monges de Occidente, mereciendo la aprobacion de San Gregorio el Magno, porque decia que estaba fundada en la estricta observancia del silencio, soledad, oracion, humildad y obediencia.

Dios manifestó el grande amor que tenia á su siervo, con haberle comunicado el don de milragros y un espíritu profético. Se dice que restituyó la vida á un novicio que habia caido de los andamios de la fábrica del convento, á presencia de un gran número de gentes que admiraron el prodigio, y pronosticó tambien la destruccion que habia de sufrir su monasterio, como se verificó en la persecucion de los Lombardos en el año 580, salvándose los monges, como lo habia predicho. La regla de San Benito era muy austera, y él la observaba y la hacia observar rigorosamente entre sus monges, para lo cual lo favorecía mucho el cielo con revelarles algunas faltas de ellos, que corregia dulcemente y con prudentes consejos.

Totila, rey arriano que invadió y taló la Italia en tiempo que Belisario fué llamado á Constantinopla, oyendo tantos elogios de las virtudes de Benito, quiso hacer una prueba de su santidad. En el año 542 mandó decir Totila á nuestro santo que deseaba verlo, y que pronto lo tendria en su monasterio de visita. A poco tiempo envió en su lugar á Rignon, su cortesano, con todo el aparato y la grandeza de un monarca conquistador, y con el objeto de enganar á Benito que no conocia personalmente á Totila; mas apenas se hubo presentado Rignon, cuando nuestro santo le dijo: "Dejad, hijo mio, esas ropas que llevais, y que no corresponden á vos." Avergonzado entonces el cortesano y lleno de admiracion, se arrojó á los piés del santo derramando lágrimas, y comunicó á Totila el suceso. Este vino en persona, y Benito le dió muchos consejos para que se manejara con prudencia y moderacion, pronosticándole las glorias que habia de conseguir en sus conquistas, y al mismo tiempo su muerte, que seria el décimo año de su reinado. Esta leccion sirvió para que este monarca se moderara en su dominacion y tratara menos mal á sus esclavos y vasallos.

Segun opinan algunos historiadores, la muerte de Benito sucedió el año despues de haber estado Totila en el monasterio, poco despues de haber fallecido su hermana santa Escolástica; mandó abrir su sepultura seis dias antes de morir, é hizo que le condujeran á la iglesia, para recibir allí el cuerpo y sangre de Jesucristo Sacramentado, y despues de haber dado saludables instrucciones á sus monjes, murió el sábado 21 de Marzo del año 543, á los sesenta y tres de su edad, y á los catorce de haberse establecido en Casino. Una parte pequeña de sus reliquias se trasladó á Francia, y la otra quedó en la iglesia del monasterio. Las que fueron á Francia en el siglo VII, se colocaron en la Abadía de Fleury, sobre el Loira, que por esta causa lleva el nombre de San Benito, y fué edificado en el reinado de Clodoveo II.

*La Epístola es del capítulo XLV del libro de la Sabiduría.
(Eclesiástico.)*

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria se conserva en bendición. Hizole el Señor semejante en la gloria á los santos, y engrandecióle é hizole terrible á los enemigos; y él con su palabra hizo cesar las horrendas plagas. Glorificóle en presencia de los reyes: dióle preceptos que promulgase á su pueblo, y le mostró su gloria. Santificóle por medio de su fé y mansedumbre, y escogióle entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, é hizole entrar en la nube, donde cara á cara le dió los mandamientos, y la ley de vida y de ciencia.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido: ¿cuál será, pues, nuestra recompensa? Mas Jesus les respondió: En verdad os digo que vosotros que me habeis seguido, en el día de la resurrección, cuando el Hijo del hombre se sentará en el sólo de su magestad, vosotros tambien os sentareis sobre doce sillas, y juzgareis á las tribus doce de Israel. Y todo aquel que haya dejado su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su muger ó hijos, ó heredades por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Sobre la luz de la gracia.

Considera que la gracia es una luz que Dios nos da para alumbrar á nuestro espíritu, quitándole las tinieblas con que lo ofuscó el pecado. Como Jesucristo es el principio de la gracia, por eso se llama el Padre de las luces, ó por mejor decir, la misma luz: *Yo soy la luz del mundo.* La gracia es una participacion de esta luz increada; un rayo que sale de este sol de justicia; los efectos de la luz corporal nos explican admirablemente los efectos de esta luz espiritual. La luz disipa las tinieblas de la noche; la gracia disipa las tinieblas de las culpas. Cualquiera que camina á oscuras, está á peligro de caer cada instante, ó de perderse. El que no está ilustrado con las luces de la gracia, no da paso que no sea caida. Si caes, y te pierdes tantas veces, es porque no tomas á la gracia por guia. Algunas veces la luz de la gracia pasa como relámpago; però no deja de producir grandes efectos. Así fué la luz que convirtió á San Pablo. Otras veces dura mas; como la luz que apareció á los magos y los condujó á Jesucristo; però ¡ay! ¡Cuánto ha que la luz de la gracia te alumbrá y solicita, y cuanto la ha que tú la resistes! Algunas veces Dios produce solo é inmediatamente esta luz sin servirse de algun objeto, y aun tambien cuando menos se piensa en ella: *El Espíritu de Dios*, dice el Salvador, *corre á donde le agrada, ignorándose de donde viene, ó á donde va.* Otras veces esta luz viene por ocasion de un buen ejemplo, de una palabra, de un sermón que se oyó con atencion, de alguna desgracia que sucedió á alguno, ó de una saludable afliccion que Dios nos envia. ¡Cuántas veces has tenido este género de gracia! ¡Pero cuántas la has menospreciado! Esta luz ordinariamente se nos concede porque la pedimos, y no la tuviéramos si no la pidiésemos. ¡Pero podremos pedir la con sobradas instancias? Dios nos la da algunas veces, aunque no la busquemos y aun cuando huimos de ella. Si esta luz no me hubiese buscado cuando yo la huia, ¿hubiera pensado jamás, Dios mio, en convertirme á vos? Esta luz nos descubre algunas veces nuevas verdades: así fué la que convirtió á grandes pecadores que solo comenian desórdenes, por haber vivido ignorando las verdades de su salvacion. Algunas veces poner estas verdades en mayor claridad, de que procede que hagan ellas mayor impresion y que conviertan á

los hombres, porque aunque las habían conocido, no las habían penetrado.

Considera que esta luz de la gracia, al mismo tiempo que nos descubre algunos objetos, nos encubre otros; cómo las estrellas, que haciéndonos ver la hermosura del cielo, parece nos ocultan la de la tierra: así la luz de la gracia, al mismo tiempo que nos hace ver las grandes ventajas que se hallan en la práctica de la virtud, parece que nos oculta, ó á lo ménos nos impide tener atención al trabajo, que se puede ofrecer en dicha práctica; disminuye la idea que tenemos del gusto que los malos hallan en el pecado, descubriéndonos su vergüenza, los remordimientos y penas que son las consecuencias de la culpa. La misma luz hace crecer ciertos objetos en nuestra espíritu, y que otros se disminuyan. Hace crecer la idea de Dios y todo lo que tiene relación con Dios, los bienes invisibles y eternos; hace que todo esto nos parezca grande, y que solo esto nos lo parezca; y al contrario, disminuye en nuestro espíritu al mundo, sus bienes, sus placeres, sus honras, haciendo que todo esto nos parezca pequeño. Todo lo que el mundo tiene de mayor, parece nada á un hombre ilustrado con esta luz. Si las grandezas del mundo te emblesan y te son apetecibles, es porque careces de esta luz: esto no consiste en que ella no se te haya puesto delante de los ojos muchas veces, sino que tú cerraste los ojos para que no te alumbrase.

PETICION Y PROPÓSITOS.

No permitáis, Señor, que yo pierda esta esplendorosísima luz de vuestra gracia, que tan bien ilumina y hace conocer el sendero de la justicia; por donde debemos caminar: ella es la guía de nuestros pasos, y los míos se extravarian si vos no los sostuvierais con vuestra virtud, y no los alumbrarais con las luces de vuestra fé y de vuestra gracia. Pronto estoy á prestar toda la obediencia y humilde docilidad que se requiere para seguir sin yerro ni extravío el camino de la virtud y de la perfección; mas siendo tanta mi inconsistencia, os pido también me sostengais contra ella hasta aportar felizmente á vuestro reino.

JACULATORIA.

Ilumina Señor los ojos de mi alma, para que no los ofusque y cierre el sueño de la muerte.

LECCION.

Sobre los diversos nombres del Espíritu Santo.

Entre los diversos nombres que se atribuyen en las sagradas letras al Espíritu Santo, y de los que nos ocuparemos en la presente lección, uno de los mas distintivos y notables es el de Paráclito Consolador, nombre impuesto por el mismo Jesucristo, según nos refiere San Juan que decía á sus discípulos: “Si me amais, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros. El Espíritu de la verdad, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros y estará en vosotros. . . . Y el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que os hubiere dicho. . . . Porque os ha dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazón: Mas yo os digo la verdad, que conviene á vosotros que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador; mas si me fuere os lo enviaré; y cuando él viniere argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado ciertamente, porque no han creído en mí. . . . Cuando viniere el Consolador, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí.” Llábase Consolador, porque él nos consuela en todas nuestras tribulaciones, y es nuestro abogado que pide por nosotros con gemidos indecibles; igualmente nos mueve é impele para que pidamos con santa compunción, y por esto el Profeta Zacarías dice: Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalem, Espíritu de gracia y de oración.

David le denomina espíritu recto y principal, cuando exclama: “Cria en mí, ó Dios, un corazón puro, y renueva en mis entrañas un Espíritu recto. No me deseches de tu rostro y no quites de mí tu Espíritu Santo.” “Vueélveme la alegría de tu salud, y confortame con un espíritu principal.” Con razon, se llama espíritu recto el que nos conduce por el camino de los divinos mandamientos, separándonos del círculo en que andan los impíos. Esta idea de la renovación de nuestro corazón que pide el Salmista, nos da á conocer una verdad demasiado importante de nuestra revelación y que hemos indicado ya otra vez, á saber: que Dios nos ha concedido un influjo

invisible, aunque no siempre perceptible, luminoso y vivificante, por el que el hombre regenerado nace segunda vez, se transforma moralmente, pasa á una nueva condicion de vida, y recupera la imágen de su Criador. Este influjo sobrenatural viene de Dios, por medio de Jesucristo vida nuestra. Seria inútil recordar que cuanto poseemos viene de la bondad del Sér Supremo, y que solo él nos concede las varias prendas corporales y mentales que nos distinguen. Sin embargo, entre estas prendas, como son la razon, la reflexion, la memoria y los dones del Espíritu Santo; hay esta distincion, que las primeras pertenecen á nuestra constitucion natural; pero las segundas son una gracia celestial que se concede á todos los que de veras quieren recibirla.

La revelacion nos enseña de un modo indudable, que en nosotros no hay cosa buena: que por gracia somos salvos por medio de la fé, y no por nosotros mismos: que el influjo por solo el cual podemos producir frutos de justicia, no es de nuestro espíritu, sino del Espíritu de Dios: que el cambio de condicion y de carácter en el hombre, se efectúa por aquel viento que sopla donde quiere y que es enteramente sobrenatural; es decir, el influjo del Espíritu de Dios; y que Jesucristo es como el canal por donde se comunica este influjo restaurador del hombre, que está dispuesto para todos: por eso San Lucas llama al Espíritu Santo, el Espíritu bueno que da Dios á los que se lo piden.

Espíritu de adopcion de hijos, por el cual llamamos á Dios Padre, le denomina San Pablo, porque el mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si hijos tambien herederos, herederos verdaderamente de Dios y coherederos de Cristo. Así es que el Espíritu Santo es la prenda que tenemos en esta vida mortal de la herencia bienaventurada. El que nos confirma con vosotros en Cristo, decia el mismo Apóstol á los corintios, y el que nos ungió es Dios, el cual tambien nos selló y dió en nuestros corazones la prenda del Espíritu. Así es como estamos sellados por el Espíritu para el dia de la redencion, segun dice á los efesios: Habiendo creído en Cristo, fuisteis sellados con el Espíritu Santo que era prometido. El cual es la prenda de nuestra herencia para redencion de la posesion adquirida para loor de la gloria del mismo. Pero debemos advertir, que el Espíritu procede gradualmente en confortar y asegurar al cristiano su eterna felicidad: al paso que va éste aumentando su caridad, extendiendo

sus conocimientos y arraigando mas su fé, va creciendo por grados aquella disposicion y aquella gracia que fija su confianza en los méritos del Redentor, y que le hace regocijarse con santa serenidad en la esperanza de la vida eterna.

Se le llama Amor y Caridad, "porque es, dice San Agustin, el amor y la caridad sustancial y consustancial del Padre y del Hijo, con la que se une el uno al otro, con la que el Padre ama al engendrado y éste al Padre. . . . Si la caridad hace de tantas almas una sola, y de tantos corazones un solo corazon, ¿cuánta será la caridad que hay entre el Padre y el Hijo? Mucha mayor sin comparacion que la que hay entre aquellos hombres que tienen un solo corazon. Luego si se hace un solo corazon de muchos hermanos, y una sola alma de muchos hombres por la caridad, ¿podrá decirse que Dios Padre y Dios Hijo son dos? Si fuesen dos Dioses no habria entre ellos una suma caridad. Si aqui hay tanta caridad que tu alma y el alma de tu amigo no hacen sino una alma sola, ¿cómo allí no han de ser el Padre y el Hijo un solo Dios? Por eso San Bernardo llama al Espíritu Santo el ósculo del Padre y del Hijo, "el que es la paz imperturbable de uno y otro, el enlace mas firme, el amor individual y la unidad indivisible. . . ." El Espíritu Santo es, dice en otro lugar, el vínculo indisoluble de la Trinidad, por el cual así como el Padre y el Hijo son una sola cosa, así nosotros seamos (aunque de diverso modo) uno con estas divinas personas."

El Espíritu Santo se denomina alguna vez *uncion*, segun aquellas palabras que dice el Mesías por boca del profeta Isaias: El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ungió el Señor. Y el Salomista exclama: "Tu trono, ó Dios, por siglo de siglo: vara de rectitud es la vara de tu reino. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió Dios, el Dios tuyo, con *oleo* de alegría sobre tus compañeros;" cuya sentencia repite y aplica á Jesucristo el Apóstol San Pablo, escribiendo á los hebreos. San Agustin tambien dice, que "se le llama uncion por la alegría y el ardor de la caridad que suscita el Espíritu Santo en nosotros.

Fuente viva le denomina el mismo Santo Doctor porque nos lava de nuestros pecados, riega el territorio seco de nuestra alma para fructificar y crecer en las virtudes. Así vemos al Apóstol San Pedro, que lleno del Espíritu Santo, el primer dia de su predicacion convierte á tres mil personas á la fé de Cristo, y en el segundo convierte á cinco mil, para que se comenzara á ver cumplida la

sentencia de Isaías: "Se alegrará la desierta, y saltará de contento la soledad, y florecerá como lirio, y la que era seca se mudará en estanque, y la sedienta en fuentes de aguas."

Llámasse también dedo de Dios. Jesucristo dijo según San Lucas: Si en el dedo de Dios lanzo los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado á vosotros. Y refiriendo el mismo pasage San Mateo, dice: Si yo lanzo los demonios por el Espíritu de Dios, ciertamente á vosotros &c., para manifestar que tiene una misma naturaleza con el Padre y el Hijo, y que procede de ambos, así como el dedo del cuerpo por el brazo, como explica San Ambrosio; y San Agustín agrega, que puede también dársele este nombre por la distribución de los diversos dones del Espíritu Santo; á la manera que los dedos son muchos, y tienen su diverso tamaño y distinta cuantidad.

Finalmente, con toda propiedad se llama el Espíritu Santo *Don*, porque la donación propiamente tal, se verifica cuando alguno da una cosa con la intención de que al momento se haga propia del que la recibe, y en ningún caso vuelva al que la da, y que esto se ejecute de buena voluntad, sin necesidad alguna, ni por otro motivo que el de ejercitar la liberalidad y la magnificencia. Por otra parte, la razón de toda dádiva gratuita es el amor, puesto que siempre quedamos á alguno *gratis*, alguna cosa, es porque queremos su bien; por consiguiente el amor es el primer don, por el cual se dan los demas. Ahora bien; procediendo el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, como amor, él es el primero de todos los dones que reparte Dios á las criaturas, y por él despues se dan los demas. Así nos lo testifican multitud de lugares de las Escrituras Santas. Jesucristo dijo á la Samaritana, según nos refiere San Juan: "Si supieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú de cierto le pedirías á él, y te daría agua viva." Y en otro lugar: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán rios de agua viva." Esto dijo del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en él, porque aun no habia sido dado el Espíritu. El Apóstol en su Epístola á los efesios dice: A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia según la medida de la donación de Cristo. Por lo cual dice: "Cuando él subió á lo alto, llevó cautiva la cautividad, dió dones á los hombres." En los Hechos de los apóstoles se refiere que San Pedro les dijo á los judíos: Arrepentios, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibireis el *don* del Espíritu Santo. Porque

para vosotros es la promesa; y para vuestros hijos y para todos los que están lejos, cuantos llamare así el Señor nuestro Dios. El don del Espíritu Santo en este lugar, no es otra cosa que el mismo divino Espíritu; porque por el don que es el Espíritu Santo, dice San Agustín, se dividen en comun á todos los miembros de Cristo muchos dones que son propios á cada uno; porque cada uno no los tiene todos, sino unos unos, y otros otros, aunque todos tengan el mismo don del que se reparten á cada uno, esto es, el Espíritu Santo. En tanto, pues, es don de Dios, en cuanto se da á aquellos á quienes se da. Mas el Espíritu Santo en sí es Dios, y lo sería aun cuando á nadie se diera, porque siendo coeterno con Padre y con Hijo, ya existia antes que á nadie se hubiese dado. Ni porque aquellos dan, ni porque éste es dado, puede considerarse que sea menor que el Padre y que el Hijo, porque de tal manera se da como don de Dios, que también se dé como Dios. Porque no puede decirse que no tiene poder por sí mismo aquel de quien se dice por San Juan: "El Espíritu donde quiere sopla," y cuando el Apóstol asegura á los corintios: Todas estas cosas obra uno solo y el mismo Espíritu, repartiendo á cada uno como quiere. Aquí no se observa la condicion de la cosa dada y el dominio del donante, sino una concordia absoluta del que se da y los que lo dan; por lo cual si la Santa Escritura dice según San Juan: Dios es caridad, y ella proviene de Dios, y hace en nosotros que permanezcamos en Dios y él en nosotros; porque nos da de su Espíritu Santo, y el mismo Espíritu Santo es Dios y es caridad.

Refiriéndose en los Hechos de los apóstoles, el suceso bien sabido de Simon Mago, se lee: Y como vió Simon que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dadme á mí también esta potestad; que reciba el Espíritu Santo todo aquel á quien yo impusiere las manos. Y Pedro le dijo: Tu dinero será con tigo en perdición; porque has creído que el *don* de Dios se alcanza por dinero. Queda, pues, manifestado que el Espíritu Santo es *don*. Mas como el *don* se refiere tanto á aquel que da, como aquellos á quienes se da, el Espíritu Santo es don de Dios, que lo da, y nuestro que lo recibimos; y aun cuando haya sido dado en tiempo, él es *don* ab eterno; porque como dice San Agustín: "Procedió ab eterno del Padre con la calidad de ser capaz de darse; porque de diverso modo debe entenderse cuando se dice *don*, que cuando se dice *dado*;" puesto que

una cosa puede ser *don* antes de que se dé; mas no puede decirse dado, sino aquello que en la realidad lo ha sido ya." Admirémos y demos gracias á la infinita bondad divina, que dándonos al Espíritu Santo para que creamos en Dios, nos ha dado un *don* que en nada es inferior á sí mismo.

DÍA VEINTE Y DOS.

San Octaviano, y muchos miles de mártires en Africa, y Santa Catarina de Suecia.

SAN OCTAVIANO MARTIR.

En una de las persecuciones mas crueles que han sufrido los fieles, dió San Octaviano el glorioso testimonio de la fé que recomienda tanto á los generosos discípulos de Cristo y que es la mayor prueba de la caridad, como dijo el mismo Salvador. Era nuestro Santo arcediano de la iglesia de Cartago, á la cual y á otras de Africa agitaban los vándalos, bajo el mando de sus reyes Gensérico y Hunnerico. Ya algunos años ántes habia desterrado Gensérico á San Eugenio, que á petición del emperador Zenon y de la emperatriz Plácidia habia sido nombrado obispo de Cartago, y ya Hunnerico habia quitado la vida con un golpe de espada á San Vendemial, cuando encendido su furor mandó á los bárbaros que gobernaba pasasen á cuchillo al Santo arcediano y á cuantos se confesasen hijos fieles de la Iglesia católica. Verificóse así, sacrificando en pocos dias por aquellos contornos muchos miles de ilustres y fervorosos católicos, que regaron la tierra con su sangre, suscribiendo y sellando con ella la fé ortodoxa contra la impiedad arriana. Masino asegura que las reliquias de San Octaviano se guardan en Bolonia, en la iglesia de San Francisco, donde son honradas con la veneracion que corresponde á un tan glorioso confesor y mártir de Cristo.

Santa Catarina de Suecia.

Santa Catarina fué hija de Ulfo de Gutmarson, príncipe de Nericia, y de la famosa Santa Brígida, y nació en el siglo XIV por los años de 1330. Apenas salió de la lactancia, la puso su santa madre en el convento de Risberg, al cuidado de su virtuosa abadesa,

correspondiendo tan bien á sus esperanzas, que á los siete años de edad era un modelo de virtud. Aunque la Santa habia resuelto consagrar á Dios su virginidad, siendo ya jóven la casó su padre, sin consultar su inclinacion, con Egardo, uno de los grandes del reino; pero movido ésta de las exhortaciones de su esposa, se resolvió á guardar él tambien una perfecta continencia, dedicándose ambos consortes con una santa emulacion á la oracion, al ayuno, á las obras de caridad y á la práctica de todas las virtudes; tan piadosos ejemplos hicieron tal impresion en la hermana de Egardo, cuñada de la Santa, que unidos á los consejos que ésta le daba, logró se dedicase con fervor á la virtud, renunciando las vanidades del siglo: triunfo que hizo padecer no poco á Catarina de parte de Carlos, marido de aquella.

Habiendo envidiado poco tiempo despues Santa Brígida, madre de nuestra Santa, se retiró á vivir á Roma, resuelta á no volver mas á Suecia; y á los cinco años Catarina, con licencia de su esposo, pasó á reunirse con ella en el año de 1348, y la halló en Bolonia en un monasterio. De esa ciudad volvieron juntas á Roma, donde pasaron algunos dias en visitar las iglesias y los hospitales, y en practicar otros varios ejercicios de devocion.

Catarina, que tenia una vehementemente inclinacion á su patria, resolvió volver á ella; pero por dar gusto á su santa madre, permaneció en Roma, dedicada siempre á la virtud, aprovechándose de los consejos y ejemplos de Santa Brígida. Envidioso el demonio del fervoroso empeño con que muestra Santa progresaba en el camino de la perfeccion, se valió de aquel amor que tenia á su pais natal, y recordándose continuamente llegó á hacerle perder del todo la tranquilidad y contento, y estas tristes representaciones hicieron tal impresion en su alma, que participando de tanta turbacion el cuerpo, se enflaqueció y perdió de tal suerte la salud, que no pudo por mas tiempo ocultar su tentacion á los ojos de su santa madre: exhortóla ésta á que recurriese á la oracion, é implorase la proteccion de la Santísima Virgen, á lo que obedeciendo la Santa y habiendo tenido una vision que la sobresaltó demasiado, y usando de otros medios que le dictaba su confesor, logró vencer al tentador y recobrar la antigua paz y reposo de su espíritu. En esta circunstancia murió su esposo Egardo, y viendo la Santa, aunque con el dolor muy acerbo, rotos aquellos vínculos que la atraían á Suecia, olvi-

dando enteramente su patria, se unió estrechamente á su madre, cuyos consejos y ejemplos siguió lo restante de su vida.

Serenado su espíritu, comenzó á recobrar el cuerpo su primer belleza, lo que le ocasionó una molesta persecucion de muchos jóvenes de la primera nobleza romana, que noticiosos de la muerte de su esposo la sollicitaban á segundas nupcias; llegando el arroyo de uno de ellos, hasta pretender robarla, lo que hubiera conseguido si el cielo no la hubiese librado. Semejantes ataques sufrió Catarina en Asis y en otros lugares donde iba en peregrinacion devota con su santa madre; pero salió siempre victoriosa de sus enemigos con la proteccion de la Santísima Virgen, y valiéndose de las poderosas armas de la oracion y penitencia, y principalmente del retiro, pues no salia mas que á las iglesias vecinas, y eso con el mayor recato. Dentro de casa alternaba sus ejercicios devotos con el trabajo de manos, la distribucion de limosnas, y la explicacion de la doctrina cristiana á los pobres ó á los extrangeros que iban de la Suecia, ó de otros lugares del norte.

Catarina, tan afectá á las piadosas peregrinaciones, tuvo al fin la satisfaccion de hacer la principal, esto es, á la Tierra Santa, en donde visitó con gran veneracion y ternura los lugares consagrados por la presencia de Jesucristo. Se hubiera detenido allí mas tiempo; pero habiéndose enfermado Brígida en Jerusalem, quiso ésta apresurar la vuelta para morir en Roma, como en efecto Dios se lo concedió, llamándola para sí el 23 de Julio del año de 1373. Catarina, soportando esta pérdida con valor extraordinario, pero que manifestaba la violencia que hacia la naturaleza, ejecutó fielmente las últimas voluntades de su bienaventurada madre, con la asistencia de su confesor y de algunas personas piadosas. Enterró el cadáver en el monasterio de San Lorenzo, aguardando oportunidad para trasladarlo á Suecia, segun una de las referidas disposiciones, y lo verificó á las cinco semanas, recibéndola en todos los lugares de su tránsito, con veneracion y respeto. Cuando llegó á Dantzich en Prusia, explicó una parte de las predicciones de Santa Brígida, contra los caballeros del Orden Teutónico, que vivian en desórdenes vergonzosos; y en varios parages el concurso del pueblo que acudia á venerar las reliquias preciosas que llevaba, le ofrecia la ocasion de dirigites discursos piadosos en nombre de su santa madre, para inspirarles el santo temor de Dios.

Luego que llegó á Suecia, donde fué honoríficamente recibida

por el clero, la nobleza y el pueblo, depositó las venerables reliquias en el monasterio de Watzsten, y se encerró allí para servir á Dios por el resto de sus dias, en union de otras religiosas, que tenian en el mismo un convento separado del de los hombres. Estas religiosas, edificadas con la buena fama de sus virtudes, la nombraron desde luego su directora, y Catarina no pudiéndose escusar de tal cargo, lo tomó con empeño y lo desempeñó con exactitud. Para regularizar su vida les dió la regla de San Salvador, que por espacio de veinte y cuatro años habia practicado en Roma, bajo la direccion de su santa madre. De aquel asilo de la virtud no volvió á salir sino para ir á negociar á Roma la canonizacion de Santa Brígida, por encargo del rey de Suecia, de los prelados y de los grandes del reino.

A su vuelta, que fué favorable aun para su convento, por haber traído confirmada la regla de San Salvador, comenzó á sentir indisputada su salud, y desde entonces hasta el dia de su muerte, que sucedió al siguiente año, no tuvo un momento de sanidad. Su cuerpo se debilitaba de dia en dia; pero en la misma proporcion se aumentaba su paciencia, su fervor y su constancia en la práctica de las virtudes, hasta que al fin fué llamada al eterno descanso el domingo 24 de Marzo de 1381. Dios, que en vida le habia dispensado la gracia de los milagros, se dignó continuarla aun despues de su muerte, para que sirviesen de prueba de su santidad, y por su medio fué glorificado ante los hombres.

La Epístola, es de los capítulos X y XI de la segunda de San Pablo á los corintios.

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor. Porque no quien se abona á sí mismo es aprobado, sino aquel á quien Dios abona. ¡Plugiése á Dios que sufrieseis un poco mi imprudencia! Mas toleradme ya que soy amante celoso de vosotros, y celoso en nombre de Dios; pues que os he desposado con este único esposo que es Cristo, para presentaros á él como una casta virgen.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág 371.)

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre la pereza.

Considera que la pereza es una desgracia de la virtud, acompañada de una gran negligencia en instruirse y cumplir sus obligaciones por las dificultades que se hallan, y el poco valor que hay para vencerlas: es un pecado sumamente comun, y poco conocido. Quiérense ignorar sus obligaciones, porque no se quieren cumplir: si las conocemos, hallamos mil pretextos de delicadeza, enfermedad, dificultad ó imposibilidad para eximirnos. De esta manera el siervo inútil del Evangelio, tomaba por pretexto de la negligencia que habia tenido en hacer valer el talento que se le confió, la mala condicion de su dueño: *Yo sé, decía, que eres un hombre áspero, que quieres recoger dando no sembraste.* Si lo creyésemos no tenia culpa; toda recaía en su amo. ¡Cuántos hay que esconden sus talentos aun á ellos mismos, por no tomar el trabajo de hacerlos valer! En fin, el perezoso se ciega á sí propio en las consecuencias de su pereza, reelando no le obligue el conocimiento á despertar del lastimoso letargo en que consiste su reposo; porque como no tiene pasiones violentas y no quiere tomar el trabajo que es necesario algunas veces para cometer pecados mortales, se juzga á sí mismo por muy bueno, porque no es muy malo. La pereza es algunas veces un efecto del temperamento, de un natural detenido, de una debilidad de espíritu, de un ánimo descaecido, y de una timidez natural. Los filósofos juzgaron que la magnanimidad hacia algunas veces perezosos, aunque por un principio muy contrario, por juzgar no habia cosas capaces de inquietarles. La soberbia puede tener alguna vez parte en la pereza; no se quieren emprender muchas cosas por el recelo de que no salgan bien, ó de quedar humillados por sintestro suceso. Los perezosos se engañan tambien muchas veces, teniendo por virtudes los efectos de su pereza; juzgan humildad ó moderación, el menosprecio que hacen de la grandeza, y de los puestos elevados ó lustrosos, aunque no sea esto sino un puro temor del trabajo que habian de tener, si los tuvieran. Juzgan por templanza, el poco ardor que tienen á diversiones y placeres, aunque en el fondo no sea sino conocer que les habia de costar inquietud, y están mas contentos con su indolencia y ociosidad. El perezoso, dice el Espíritu Santo, condena la diligencia con que el

otro mira su hacienda, no por desacimiento, sino por gusto de su reposo. El perezoso, dice el sabio, es una especie de loco que se abandona á la ociosidad, sin querer trabajar por su hacienda, con el pretexto de que se debe preferir una pobreza tranquila, á una abundancia laboriosa.

Considera que los efectos de la pereza, son: lo primero, un temor demasiado de las dificultades que se hallan en la práctica de la virtud; lo segundo, un apartarse de la mayor parte de los medios de nuestra salvacion; porque son penosos: lo tercero, una cobardía y temor presuntoso que nos impide aumentar los talentos que Dios nos ha dado, reelando no conseguirlo: lo cuarto, una grande facilidad de omitir las obligaciones mas esenciales con el menor pretexto ó dificultad, ó una lastimoso tibieza para cumplirlas: lo quinto, una continua inconstancia en las buenas resoluciones por mudarlás á la mas mínima dificultad; y esta es la razon por la cual dice el Espíritu Santo: *Que el perezoso quiere y no quiere:* lo sexto, una gran desconfianza de sí mismo, que se juzga no pocas veces por humildad; porque se piensa mas en la propia flaqueza que en el poder de Dios, sobre el cual se tiene poca confianza; y en fin, los perezosos llegan algunas veces á desesperar de su salvacion, por mirarla como una cosa imposible; pero no obstante, á todos los que la quieren, se les puede decir, lo que Júdeas Macabeo decía á sus soldados: "Si hay aquí algun tímido ó cobarde, retírese antes del combate, que no lo hemos menester." Para salvarse, es menester precisamente vencer pasiones violentas, superar grandes dificultades, cumplir obligaciones penosas; y nada de esto puede convenir con la cobardía ó pereza.

PETICION Y PROPOSITOS.

Conozco, Señor, que he estado lastimosamente detenido en el camino de mi aprovechamiento, por la pereza de que me he dejado dominar; y conociendo cuán grande mal es este, os pido me liberteis de él, infundiéndome la virtud de vuestro espíritu que me haga empeño y activo en el negocio de mi salvacion. ¡Oh Dios mio! todo lo podeis; concededme esta gracia que tanto necesito.

JACULATORIA.

Inclina, Señor, mi corazon á la práctica de la virtud.

LECCION.

El Espíritu Santo habita en los justos, y es la vida de sus almas.

Habiendo manifestado en la leccion de ayer, que el Espíritu Santo es propiamente el primer don de Dios, veremos ahora los fines con que la bondad divina nos concede este don precioso é inestimable, que no solo consiste en la infusion de la gracia, de la caridad y de las demas virtudes y dones, sino en la íntima y personal habitacion de la deidad en los justos, y examinaremos tambien cómo es la vida de las almas, difundiendo la caridad en nuestros corazones, siguiendo siempre como nuestro único norte la divina revelacion consignada en las Escrituras Sagradas.

El Espíritu Santo se nos da para vivificarnos en la vida de la gracia. *He aquí, dice el Señor por Ezequiel, yo haré entrar en vosotros espíritu, y vivireis.* Por lo que los Padres de la Iglesia, y especialmente San Basilio, llaman al Espíritu Santo el *origen de nuestra santificación*; y otros padres griegos explican, que habiendo criado Dios á Adán, le imprimió la *imagen* de Dios, que consiste en el uso de la razon y en el libre albedrío, y su *semejanza* que consistía en la virtud y sanjidad, y que esto segundo se le concedió por el Espíritu Santo, para lo que sopló sobre él, é inspiró en su rostro soplo de vida, juzgando que en este soplo se entiende el Espíritu Santo para que obrase en nosotros esa semejanza divina, la que habiéndose extinguido enteramente por la culpa del primer hombre, fué reparada por el segundo Adán, Cristo nuestro Señor, habiéndole sido restituído el mismo Espíritu Santo, para significar lo cual, sopló sobre los Apóstoles con su aliento despues de su resurreccion. “Hechos participantes del Espíritu Santo,” dice San Cirilo de Alejandría, “fuimos formados á la imagen del Criador; porque es manifesto que esta *semejanza* con Dios no puede obtenerse sin que cada uno se haga participante del Espíritu Santo; pero segunda vez nuestro Redentor para restaurar en el hombre aquel estado que tenía á su imagen, sopló sobre sus discípulos, diciendo: *Recibid el Espíritu Santo*; y habiendo recibido esta renovacion, debe entenderse que se reparó al estado antiguo que tenía ántes, por lo que la participacion del Espíritu Santo dió al hombre la expresion perfecta de la *imagen* de la sustancia divina.” Con razon, pues, se dice que el Espíritu Santo vivifica, y en el simbolo

se le llama Señor y vivificante, fundados sus autores en aquella sentencia de San Pablo á los corintios: *Fue hecho el primer hombre Adán en alma viviente, el postrer Adán en espíritu vivificante...* Por lo cual así como tragamos la *imagen* del terreno, *llevamos tambien la imagen del celestial.* Y San Juan dice: *El Espíritu es el que da la vida, la carne nada aprovecha.*

Por el Espíritu Santo renacemos en el bautismo: él es el que dá á las aguas la virtud de santificar, en figura de lo cual nos dice el Génesis, que en el principio del mundo *el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.* “Ni hay que admirarse,” dice Tertuliano, “si las aguas comenzaron á animarse: sobrevino el Espíritu de los cielos, y está sobre las aguas santificándolas de sí mismo, y así santificadas conciben la fuerza de santificar.” Con esta regeneracion celestial nos hacemos los hombres espirituales por el Espíritu Santo: Porque *lo que es nacido de tu carne, es carne; y lo que ha nacido del Espíritu, es Espíritu*; dijo Cristo, segun San Juan. Repara aquella vida espiritual, si alguna vez la perdemos por el pecado, porque no podemos á la verdad, levantarnos del pecado sin el auxilio de la divinidad. Así es que el Apóstol, censurando algunas clases gravísimas de pecados, agrega: *Ni los afeminados, ni los de pecados nefandos, ni los ladrones, ni los avaros, ni los dados á la embriaguez, ni los maldicientes, ni los robadores poseerán el reino de Dios.* Y tales habeis sido algunos: *mas habeis sido lavados; mas habeis sido santificados; mas habeis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por el Espíritu de nuestro Dios.* Nuestra alma vive por la caridad, porque la vida del alma es Dios; pero *Dios es caridad, y el que permanece en caridad, segun San Juan, permanece en Dios, y Dios en él. Y la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones, como dice el Apóstol, por el Espíritu Santo que se nos ha dado.* Este es el que nos hace justos, porque creyendo en Cristo, *estamos sellados con el Espíritu Santo y la promesa que es la prenda de nuestra herencia.* Por la gracia santificante que nos concede nos hacemos en cierto modo participantes de la naturaleza divina.

El Espíritu Santo no solo santifica á los hombres hechos á la imagen y semejanza de Dios; sino que tambien santificó á los ángeles; no solo á los hombres santos que han vivido despues de la venida de Cristo, sino tambien á aquellos que le fueron agradables ántes de su venida, á aquellos que no estaban bajo la ley sino bajo

la gracia, y que en cierto modo pertenecian al Nuevo Testamento, cumpliendo por la fé la ley de Dios, que obra por el amor con la esperanza de los bienes eternos, creyendo principalmente en la venida del Mesías, de Cristo mediador, por medio del cual no dudaban se les suministraría el Espíritu de la gracia para cumplir exactamente los mandamientos de la ley, y que podrían ser perdonados si incurriesen desgraciadamente en el pecado, como dice San Agustín. Pero lo mas admirable en este punto, y lo que debe ocupar mas nuestra atención es, que el Espíritu Santo nos santifica no solo por la infusión de la gracia, de la caridad y de las demas virtudes y dones, como acabamos de manifestar, sino lo que es incomparablemente mas apreciable, por la íntima y personal habitacion que hace en nosotros de su deidad. De esta habitacion del Espíritu Santo en nosotros, deducen los Santos Padres la divinidad que alguna vez atribuye la Escritura á los hombres. San Cirilo Alejandrino entre otros, dice: "Por esta causa nos llamamos dioses, no solo porque estamos preparados por la gracia para la gloria sobrenatural, sino porque tenemos á Dios que habita en nosotros, segun la expresion del Profeta: *Porque habitaré en ellos mismos, y andaré entre ellos.*"

Que el Espíritu Santo es la vida de las almas, nadie podrá negarlo si reflexiona que la vida inmortal del Espíritu Santo infundida al alma alguna vez, se ha de refundir en el cuerpo para resucitar á la vida gloriosa y eterna, como enseña el Apóstol San Pablo á los romanos: *Y si el Espíritu de aquel que resucitó á Jesus de entre los muertos mora en vosotros, el que resucitó á Jesus de entre los muertos vivificará tambien vuestros cuerpos mortales por su espíritu, que mora en vosotros. . . . porque todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios.* El es por quien vive el cristiano, segun aquella valiente expresion del mismo Apóstol á los gálatas: *Y vivo; ya no yo, mas vive Cristo en mí.* No basta tener el bautismo de Cristo, si no se tiene tambien el Espíritu de Cristo, como asegura él mismo á los romanos: *Vosotros no estais en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Mas el que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de él.* Parece que pertenece al cuerpo de Cristo, y que es miembro suyo, segun la forma externa; pero en la realidad es un miembro muerto. Tiene la forma, dice San Agustín; pero no tiene la vida. Si buscas en él el sacramento, lo encuen-

tras; si solicitas el bautismo, lo hallas; si desees el símbolo, lo tienes. Esta es la forma; pero si no estás animado interiormente del divino Espíritu, en vano te glorias de la forma. Por otra parte, el divino Espíritu impele las facultades todas y las habitudes del alma á las obras de vida. Esta es aquella uncion que nos enseña todas las cosas necesarias para la salvacion. El mismo Jesucristo nos dice por San Juan: *El Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.* Y en otro lugar: *Cuando viniere aquel Espíritu de verdad os enseñará toda la verdad.* No basta la ciencia de la ley que enseña exteriormente, si no concurre el maestro que interiormente instruye, hablando al corazón el Espíritu Santo. El es el que habla por los Santos: *Porque no sois vosotros,* decia el Salvador á los Apóstoles, *los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.* El es el que rechazaba y vencía por San Esteyan á aquellos que no podían resistir á la sabiduría y al Espíritu Santo que hablaba por boca de este protomártir de la Iglesia, segun nos refieren los Hechos de los Apóstoles. Y él es, por último, sin el cual no podemos, como dice San Pablo á los corintios, *decir con fruto estas dulces palabras: Señor Jesus.*

Finalmente, veamos cómo causa esta nueva vida en nuestra alma, y cómo nos vivifica maravillosamente difundiendo la caridad en nuestros corazones, y subsistiendo en nosotros el mismo que es la caridad inefable. "Abrazar el amor á Dios," dice San Agustín, "y abrazar á Dios con el amor, es aquel amor con que todos los buenos ángeles y todos los siervos de Dios nos hacemos compañeros con el vínculo de la santidad, y él nos une unos á otros y consigo mismo. Porque solo con Dios podemos amar á Dios, y Dios es á quien amamos; Dios mismo se infunde á nosotros, y se nos dá á sí mismo, para que con él le amemos, y se ha dado á sí mismo para que podamos amarle; lo que manifiesta claramente el Apóstol San Pablo, cuando dice: *Porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones.* ¿Pero ha podido acaso difundirse por nosotros?" El Apóstol continúa: *Por el Espíritu Santo que se nos ha dado.* De donde se deduce claramente que no pudiendo amar á Dios sino por Dios, el Espíritu Santo es el medio con el que podemos elevarnos al amor divino, y que por él vivimos espiritual-

mente, ó que él es la vida de nuestra alma, cuando se halla purificada de la culpa.

Siendo, pues, el primer don de Dios el Espíritu Santo que se nos dá personalmente, siendo ademas la vida de nuestra alma para no desmerecer un don tan grande como incomprendible, no debemos contentarnos fríamente con prestar el obsequio de nuestra creencia á este dogma de nuestra religion, sino acreditar por nuestra conducta que siendo templos vivos del Espíritu Santo, que habita en nosotros, que se nos ha dado y que es nuestra vida, nos portamos de un modo que nos haga dignos de poseer siempre don tan inestimable y vida tan preciosa, observando fielmente los consejos que en este punto dá el Apóstol á los de Tesalónica: *Estad siempre gozosos; orad sin cesar. En todo dad gracias; porque esta es la voluntad de Dios en Jesucristo para con todos vosotros: no apagueis el Espíritu; á los eclesios: Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios; en el cual estais sellados para el dia de la redencion.*

→→→○○○○○○○○○○←←←

DIA VEINTE Y TRES.

San Victoriano, proeónsul de Africa, y sus compañeros mártires.

Gensérico, rey de los vándalos en Africa, sectario de la heregia arriana y perseguidor de la Iglesia, dejó por su sucesor en el trono á su hijo Hunnerico, quien sin embargo de estar igualmente imbuido en los mismos errores, afectó al principio de su reinado alguna suavidad para con los católicos. Les permitió las asambleas que su padre les habia prohibido, y á súplicas del emperador Zenon y de la emperatriz Plácida, les concedió que eligesen obispo para la iglesia de Cartago, que hacia cosa de veinte y cuatro años que estaba vacante, por muerte de San Deo-gracias. Eugenio, varón de insigne santidad, fué electo pastor de aquella Iglesia afligida. Mas su misma reputacion, su eminente virtud y su decidido empeño en aliviar los males de su rebaño, excitaron bien pronto el celo de los hereges, quienes volvieron á suscitar la persecucion, que parecia haber calmado con la muerte de Gensérico. Fué tan violenta y tan cruel, cual no se ha visto jamas ni aun entre los emperadores paganos: primero atacó á las vírgenes consagradas á Dios, despues á los

obispos y al clero, y en seguida se extendió tambien á los fieles. Mas sus últimos esfuerzos se apuraron por medio del edicto sangriento que publicó Hunnerico en 24 de Febrero, del bisiesto año 484.

Cerca de dos meses despues sucedió el martirio de San Victoriano, de quien hacemos hoy piadosa memoria. Era ciudadano de Adrumeto, de la provincia de Bizacena, uno de los mas grandes de Africa, y tan rico en bienes temporales como en virtudes, á las que solo estimaba como verdadero caudal. Tenia la dignidad de gobernador de Cartago, bajo el antiguo título de proeónsul, y tanto en este como en los demas cargos que Hunnerico le habia confiado, se portó siempre con la debida integridad, suficiencia y delicadeza. El príncipe que, en ejecucion de su edicto, ya habia desterrado á mas de trescientos obispos y dado muerte á varios particulares, le mandó decir en términos muy afables y decorosos, que si se prestaba sin resistencia á lo que deseaba de él tocante á la religion, tendria por él mas consideracion que por ningun otro de su corte.

Victoriano no vaciló para dar la respuesta, y contestó al rey: "Que bien podia mandarlo quemar vivo, exponerlo á las bestias, ó atormentarlo con el suplicio que gustará; pero que nunca jamas consentiria en lo que deseaba de él. Que no en vano habia sido bautizado en la Iglesia católica. . . . que no por una gloria vana y poco duradera habia de ser ingrato y desleal al que habia tenido la dignacion de confiarle el precioso tesoro de la gracia y de la fé." Hunnerico se enfureció con tal respuesta, y al momento mandó que lo martirizasen con los tormentos mas atroces. El Santo los sufrió todos con heroica constancia y alegría, hasta que al rigor de ellos terminó felizmente su carrera en tan glorioso combate, y entró en posesion de la corona del martirio.

Venera hoy tambien la Iglesia, en union de San Victoriano, á otros cuatro mártires, como victimas de esta espantosa persecucion. Dos de ellos eran hermanos, habitantes de la ciudad de Aquerega, tambien de la provincia Bizacena, y muy temerosos de Dios. Habiendo sido conducidos á Tabaya, otra ciudad de la misma provincia, hicieron ver por su generosa confesion de la fé católica, que la gracia de Jesucristo los tenia mas estrechamente unidos que la sangre. Se habian prometido con juramento, puesta su confianza en Dios, que si daban la vida por conservar la pureza de su religion,

habían de hacer por morir; y cuando llegó el caso de que el cielo exigiera de ellos aquella terrible prueba, pidieron á sus verdugos que les concedieran esta gracia. Los colgaron con unas gruesas piedras á los piés, y pasado un poco de tiempo, uno de ellos, urgido por la vehemencia del dolor, pidió que lo desatasen y le diesen algunas reguas. Mas habiéndolo oído su hermano, temeroso de que renunciase la fé, le dijo con voz muy animada: "No, hermano mio, no emprendas tal cosa, pues no es esto lo que hemos prometido á Jesucristo; y yo te acusaria cuando hubiésemos de comparecer ante su trono formidable, porque hemos jurado sobre su cuerpo y sangre sufrir juntos la muerte por la confesion de su nombre." Estas palabras reanimaron la constancia del hermano, y exclamó en tono fervoroso: "Añadid tormentos á tormentos; descargad sobre mí todos los males que la crueldad pueda inspiraros, que sufriré gustoso todos los suplicios que hagais sufrir á mi hermano."

Les aplicaron en seguida planchas de metal ardiendo; los desgarraron con garfios y uñas de hierro, y los atormentaron tanto y de tan diferentes maneras, que cansados los verdugos y observando que todos admiraban su constancia y el gusto con que padecian, los dejaron, exclamando: "Parecen insensibles! El pueblo léjos de intimidarse desea imitarlos, y muchos abrazan nuestra religion." Lo que obligó principalmente á los ministros á hablar de esta suerte fué, el que no aparecia en los mártires ninguna herida, ni otra señal de los varios tormentos que les habian aplicado.

Los otros dos mártires, que son igualmente el objeto de nuestros cultos, eran comerciantes, y ambos tenian el mismo nombre de Frumencio. Padecieron tambien en esta persecucion, segun todas las apariencias, en la ciudad de Cartago, y San Victor, obispo de Vita, en la provincia de Bizacena, que escribió la historia de esta horrible tormenta que sufrió la Iglesia de Africa en tiempo de los vándalos; y aunque hace mencion de ellos, no da ningun pormenor de su glorioso combate.

Con respecto á San Victoriano, se dice que sus reliquias, ó á lo ménos parte de ellas, fueron despues transportadas á Europa; y segun el autor del martirologio frances, se conservan en Lieja.

La Epistola es del capítulo X de la del Apóstol S. Pablo á los hebreos.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos primeros dias, cuando despues de haber sido iluminados, sufristeis un gran combate. de

persecuciones: por un lado habiendo servido de espectáculo al mundo, y por otro tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes indignidades. Porque os compadecisteis de los que estaban entre cadenas, y llevásteis con alegría la rapiña de vuestros bienes, considerando que teniais un patrimonio mas excelente y duradero. No querais, pues, malograr vuestra confianza, la cual recibirá un gran galardón: porque es necesaria la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios, obtengais lo que os está prometido. Pues dentro de un brevísimo tiempo vendrá aquel que ha de venir, y no tardará. Entretanto, el justo mio vivirá por la fé.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo [pág. 505].

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos; No teneis que pensar que yo haya venido &c.

MEDITACION.

Sobre el recogimiento interior del espíritu.

Considera que nada hay tan necesario como el recogimiento, para los que quieren adelantarse en la virtud. El mismo embarazo de negocios que se suele alegar por disculpa de no tenerle, es la mayor razon para demostrar su necesidad. Cuanto mas nos entregamos á las cosas exteriores, mas necesidad tenemos de entrar en nosotros mismos de tiempo en tiempo; porque sin esto las ocupaciones, aun las mejores, disipan mucho. Los negocios, por justos que sean, ocupan el espíritu, y repartiendo su atencion le distraen y disipan. Los objetos ya enfastados ó ya agradables que se presentan en el gobierno de las dependencias, excitan pasiones, y son ocasion vehemente de disipacion al que no procura entrar en sí mismo; y en fin, la multitud de intenciones imperfectas que se mezclan en nuestras acciones cuando no velamos sobre nosotros, repartiendo al corazon, nos disipan el espíritu. Los mayores santos lloraron por la disipacion que reconocieron en sí mismos. San Bernardo, que habia reprehendido este defecto á un gran papa, llora la desgracia que tuvo de incurrir en él; y nosotros nos lloramos, porque nuestra misma disipacion nos impide conocer sus efectos, y temer sus consecuencias. No solamente nos disipamos en las ocupaciones mas santas, que nos ponen en comercio con las criaturas, sino que ordinariamente las tomamos asimiento. El corazon del hombre no pue-

de vivir sin este, porque su vida es amar, y amar es tener asimiento: con que es menester que le tenga ó á la criatura ó á Dios. Si no tiene el espíritu de recogimiento, que consiste principalmente en la atención á Dios, no se acostumbrará á mirar á su divina Magestad en las criaturas, ni podrá elevarse desde la criatura á Dios, ni buscarle, ni entregarse únicamente á él. Si no se dá únicamente á Dios, tomará asimiento á las criaturas, en quienes hallará con quien contentar sus inclinaciones naturales; si son útiles, se asirá por interés; si agradables, por sensualidad, y si ostentosas, por soberbia. De este modo un hombre que parecia tener zelo y amor á la virtud en medio de ocupaciones, aun las mas santas, procurando desasir á otros del mundo, se hallará él mismo encadenado en él insensiblemente, por falta de recogimiento y vigilancia.

Considera que no solamente nos disipamos aun en las mayores ocupaciones y tomamos afición á las criaturas por falta de recogimiento y vigilancia; sino que por consecuencia precisa llegamos á delinquir. Basta decir que se tomó asimiento á las criaturas para que se entienda pervertido el corazón. La depravacion procede de la impureza, y la impureza de la mezcla de cosa extraña. Todo lo que no es Dios ó que no tiene relacion con Dios, debe mirarse como cosa extraña á nuestro corazón, que solo fué hecho para Dios, y esta mezcla se hace con el apego que se toma á las criaturas; empieza á pervertirse el espíritu y luego inmediatamente el corazón: porque cómo puede un espíritu enteramente disipado, y que no atiende á Dios, ni á sí, librarse de las falsas luces de la razon humana, de los engaños y discursos de todos aquellos con quienes trata, que solo estiman los bienes del mundo, efimeros y perecederos? Solo la atención á Dios y la memoria de las máximas del Evangelio nos pueden defender contra este torrente; ¿pero cómo se podrá lograr sin el retiro ó recogimiento? Si el espíritu se pervierte, el corazón le seguirá bien presto; porque cuando se estiman los bienes, los placeres, las honras del mundo, se está muy cerca de amarlos, y cuando se aman, se les cobra afición, y á esta acompaña la depravacion.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Oh Dios, que en la Encarnacion de su Hijo divino pones á nuestra consideracion un misterio de recogimiento! haz que lo amemos y lo solicitemos como un medio indispensable para llegarnos á tí en el secreto sagrado de tu audiencia benignísima. Tú no estas en

la conmocion de las pasiones, ni en el torbellino del mundo; sino en la aura suave de la soledad interior. En esta quiero estar y habitar siempre, para que siempre perciba mi alma las palabras de vida con que reanimas y alimentas el hombre interior.

FACULTATORIA.

Llebadme, Señor, á la soledad, y hablád á mi corazón.

LECCION.

Sobre los dones del Espíritu Santo.—**DEL TEMOR DE DIOS.**

Habiendo demostrado ya que aunque todas las obras de la Trinidad angusta que se hacen extrínsecamente son comunes á todas las divinas personas, y que por lo mismo, aun cuando se diga que el Padre Eterno es criador del cielo y de la tierra, también lo es el Hijo, é igualmente el Espíritu divino; así cuando llamamos dones del Espíritu Santo á las gracias especiales ó á la facilidad que Dios nos concede para hacer algunas obras buenas obediendo las inspiraciones divinas, debemos entender que semejantes dadas las recibimos de las tres personas de la Santísima Trinidad; sin embargo, se atribuyen ó apropian á la tercera, porque siendo esta, como tambien hemos manifestado ya, el amor de Dios, se llaman con toda propiedad del Espíritu Santo todas las cosas que emanan para nosotros de la caridad suprema de Dios. Todos los bienes naturales y sobrenaturales que hay y puede haber en el hombre, son otros tantos dones de Dios que nos concede su bondad y misericordia infinita. ¿Qué tienes tú, decía San Pablo á los corintios, que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido? Con todo, hay algunos de estos bienes que se dicen dones por excelencia del Espíritu Santo; porque por especial misericordia el mismo divino Espíritu obra en nosotros alguna vez ciertos efectos señalados de las virtudes, que son los siete siguientes: don de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de ciencia, de fortaleza, de piedad y de temor de Dios. El profeta Isaias nos dice, despues de haber anunciado la venida del Mesías: Y reposará sobre el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y de entendimiento; Espíritu de consejo y de fortaleza; Espíritu de ciencia y de piedad. Y le llenará el Espíritu del temor del Señor.

Aunque el orden en que están colocados estos dones es el mas

regular y comunmente usado, sin embargo, para que por medio de ellos podamos obrar mas fácilmente y con mayor gusto, y subamos como por escalones á la perfeccion cristiana, comenzaremos por el temor de Dios. El es un don del Espíritu Santo, con el cual se mueve el pecador á conversion con estas ó semejantes reflexiones: "Dios, que como padre siempre es bueno é indulgente por su piedad, es tambien como Juez muy temible por su magestad," dice S. Cipriano; pero, es necesario distinguir el temor filial del servil: el servil es con el que se teme el fuego del infierno que atemoriza al pecador; mas el filial le hace desistir del pecado por no perder la gracia y los bienes de Dios. De este temor dice el Salmista: "Principio de la sabiduría es el temor de Dios. Todos los que se ejercitan en él tienen buen entendimiento: su alabanza permanece por siglo de siglo." Y en otro lugar: "*Santo es el temor del Señor, permanente por todos los siglos;*" sin embargo, el temor servil es bueno y útil, y algunas veces dispone y prepara para el filial. El sagrado concilio de Trento los numera entre los primeros motivos que disponen al pecador para la justificacion.

Siendo, pues, el temor servil el camino para el filial y el principio de la justificacion, veamos los medios con que se puede llegar mas fácilmente á conseguir este primer don del Espíritu Santo, el temor santo de Dios. El primer medio es procurar conocerse á sí mismo. Quiero que el alma, dice San Bernardo, primero se conozca á sí misma, como lo exige la utilidad y el orden; este, porque lo que somos debe ser lo primero para nosotros; y aquella, porque semejante conocimiento lejos de ensoberbecernos, nos humilla. Ni cómo podria dejar de humillarse con el conocimiento de sí propio, observándose el hombre cargado de pecados, agravado con el peso de este cuerpo mortal, atraído por la vista de las deseos carnales, ciego é inclinado por multitud de errores y preocupaciones, y expuesto, finalmente, á mil peligros. Saludablemente, pues, se dirige á Dios de esta manera el pecador, cuando conociéndose á sí mismo, advierte la necesidad en que se encuentra, y clamando al Señor, es escuchado por su bondadosa piedad. Mas es necesario advertir que si es indispensable para la salud el conocimiento de sí mismo, no lo es ménos el de Dios; porque si no te conoces, no tendrás temor de Dios, ni se encontrará en tí la humildad; pero si no conoces á Dios, si no le temes y te humillas en su presencia, en vano presumes de tu salvacion.

El segundo medio de adquirir el santo temor de Dios es la meditacion frecuente de los novísimos ó postrimerias del hombre, especialmente del juicio y del infierno. El tercero es tener siempre á Dios ante los ojos. El Apóstol San Pablo dice á los filipenses: *Puesto que fuisteis obedientes, obrad vuestra salud con temor y con temblor; porque Dios es el que obra en vosotros, así el querer como el ejecutar, según su buena voluntad.* Cuyas palabras, exponiendo San Juan Crisóstomo, así se expresa: "Este temor sin duda era el que tenia el mismo San Pablo cuando decia: Temo no me suceda que cuando haya predicado á otros, yo mismo me haga réprobo. Porque si las cosas temporales no pueden compararse y disponerse sin el temor, cuánto ménos las espirituales. Pensemos que Dios está presente en todas partes, que oye y vé todas las cosas, no solo las obras y palabras, sino lo mas oculto del corazon y los pensamientos mas profundos del alma; pues que es el juez de los pensamientos y consejos del corazon; y así cuando la ira te arrebate, cuando te exciten las pasiones, cuando fueres á dormir; en una palabra, cuando comenzares cualquiera accion, piensa que te vé Dios. Servid á Dios con temor, y alabado con temblor." Para permanecer en el temor de Dios, por último, basta considerar atentamente la inestabilidad humana, recordar que aun los ángeles no dejaron de caer del elevado estado en que se hallaban. Los mismos que le sirven, decia Job, no son estables, y en sus ángeles halló Dios tormento. ¿Cuánto mas aquellos que moran en casas de barro, que tienen un cimiento de tierra, serán consumidos como de la polilla...? ¿Qué cosa es el hombre para que sea sin mancha, y para que aparezca justo el nacido de muger? Mira como entre sus mismos santos ninguno hay inmutable; y ni los cielos son limpios en su presencia. ¿Cuánto mas el hombre abominable é inútil que bebe como agua la maldad? No olvidemos jamas los ejemplos terribles de los que cayeron por demasiada fianza y seguridad, y aun por cierta oculta soberbia que los hizo fiar demasiado en su virtud y santidad.